

Ana Alonso

Laura y el ladrón de voces

Ilustraciones
de Fernando Llorente

ANAYA



PIZCA DE SAL



1.ª edición: marzo 2012

Dirección de la colección: Olga Escobar

© Del texto: Ana Alonso, 2012
© De las ilustraciones: Fernando Llorente, 2012
© De las fotografías de cubierta: Getty Images
© De las fotografías de las fichas: Archivo Anaya (Cosano, P.)
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2012
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
www.anayapizcadesal.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta:
Miguel Ángel Pacheco, Javier Serrano
y Patricia Gómez

ISBN: 978-84-667-2946-4
Depósito legal: M. 4076/2012
Impreso en Anzos, S. L.
28942 Fuenlabrada (Madrid)
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la nueva *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Ana Alonso

Laura y el ladrón de voces

Ilustraciones
de Fernando Llorente



ANAYA

CAPÍTULO 1

—Hay premios que más bien parecen castigos... Todos me decían: «¡qué bien, vas a salir en *La flauta mágica* de Mozart ¡felicidades!»... ¿Felicidades? ¡Vaya cara más dura! ¡Alguien tendría que haberme explicado de qué iba esto! —le dijo Álvaro a su nueva amiga Laura.

Laura asintió en silencio, aunque en el fondo no comprendía muy bien a Álvaro. Para ella, participar en una ópera de verdad no era un castigo, sino algo divertido e incluso apasionante. Además, estaba acostumbrada... Aunque aún no había cumplido diez años, *La flauta mágica* era ya su cuarta ópera.

Pero eso tenía una explicación: con un padre cantante y una madre violinista, había crecido rodeada de música. Cuando cumplió seis años, sus

padres consiguieron que empezase a actuar en las mismas óperas que ellos. Así podían llevársela a todas partes, y no se veían obligados a separarse de su hija durante las giras.

Desde entonces, Laura hacía pequeños papeles en todas las óperas donde actuaban sus padres: no tenía que cantar, ni siquiera necesitaba hablar. Solo tenía que ponerse un disfraz bonito y entrar y salir del escenario cuando le tocaba.

Para Álvaro, en cambio, aquel era un mundo desconocido. Su escuela de danza le había seleccionado para participar en el *casting* de la *Flauta Mágica* que iba a celebrarse en la ciudad. Estaban buscando a un niño capaz de hacer acrobacias y piruetas difíciles, y Álvaro era muy bueno en eso. De todas formas, él nunca pensó que fueran a cogerlo... Pero lo cogieron. Y allí estaba, casi por casualidad, ensayando para salir a saltar y brincar en un escenario gigante, como si fuera una especie de duende.

Al principio, la cosa no le pareció tan mal. Incluso se sentía orgulloso por haber sido seleccionado. Pero, después de cuatro días de ensayos, su opinión había cambiado completamente: estaba harto de repetir una y otra vez las mismas escenas,



y lo único que le apetecía era volver a su casa y ver un rato la tele o jugar con sus videojuegos.

Había conocido a Laura el primer día de ensayo, y desde entonces eran inseparables. Los otros dos niños que participaban en la ópera eran unos mellizos de seis años que iban a sentarse con su madre en cuanto se bajaban del escenario, así que no tenían a nadie más de su edad con quien relacionarse.

A Laura le divertían las extrañas ideas de Álvaro sobre lo que veía a su alrededor, y Álvaro, gracias a las explicaciones de Laura, empezaba a entender un poco lo que era una ópera.

Aquel día les habían hecho presentarse muy pronto al ensayo, pero Tatiana, la directora artística, les había informado de que no representarían su escena hasta el final de la mañana. Por eso estaban sentados los dos juntos en la cuarta fila del patio de butacas, comiendo patatas fritas y esperando.

Laura había sentado a sus dos muñecas mónster en el brazo de su butaca, entre ella y Álvaro. Una muñeca era la hija de Frankenstein y la otra la de Drácula. Las dos llevaban vestidos góticos largos hasta los pies, maquillajes cadavéricos y peinados asombrosos.

De repente, dejando a un lado las patatas fritas, Álvaro cogió las muñecas y empezó a hacer juegos malabares con ellas. ¡Era realmente bueno haciendo malabares!

—¡Eh! ¿Qué haces? —exclamó Laura, cogiendo al vuelo a la hija de Drácula—. Son mías, y no te he dado permiso...

—Vamos, Laura. Son muñecas mónster. Están aburridísimas de esperar aquí todo el día, y esto de dar vueltas en el aire les encanta. Pregúntaselo...

—No necesito preguntárselo. No se aburren, están escuchando. Les encanta esta ópera, no como a ti. Eres tú el que se aburre, ¡reconócelo!

—Es que llevamos aquí todo el día. De verdad, no entiendo por qué tenemos que repetir tantas veces la misma escena —gruñó el chico—. Si siempre es lo mismo...

—Para nosotros sí, porque solo tenemos que salir y quedarnos ahí. Es fácil —contestó Laura.

—Oye, que yo tengo que dar dos volteretas laterales. Eso no es cualquier cosa...

Laura lo miró con seriedad.

—Puede parecer una tontería ensayar tanto, pero no lo es —dijo—. En una ópera, todo tiene que salir perfecto. Cada personaje tiene que estar

en el lugar que le corresponde, ¡y en este montaje actúan más de sesenta personajes!

—Pero nosotros no somos importantes. Solo nos sacan para «hacer bulto», como dicen ellos. O sea, para que se vea mucha gente...

—No es verdad. Somos seres mágicos del séquito de la Reina de la Noche, y ella es uno de los personajes más importantes de esta ópera. Canta el aria más famosa.

—Sí; esa es justamente otra cosa que no entiendo. ¿Por qué el personaje más importante de la ópera es la mala de la película?

—No deberías meterte con la Reina de la Noche —dijo una vibrante voz de mujer a su espalda—. Es muy poderosa, ¿no lo sabías?

Laura reconoció la voz de Margarita y se volvió con una sonrisa. Margarita Martí era una famosa cantante de ópera que había actuado en los escenarios más importantes del mundo. El padre de Laura, Sebastián, le tenía mucho cariño desde que los dos actuaron juntos en un recital, cuando él no tenía más que veinte años. Desde entonces, las cosas habían cambiado mucho... Sebastián se había convertido en uno de los tenores más famosos de la escena internacional, y Margarita

HOPE



Martí no estaba pasando por uno de sus mejores momentos.

El problema era su voz. Hacía algunos meses que había perdido fuerza, y la gente lo notaba. En aquel montaje de *La flauta mágica*, ella iba a ser al principio la Reina de la Noche. Pero, un buen día, le informaron de que había sido sustituida... ¡Ella, una figura de importancia internacional! Se disgustó tanto cuando lo supo, que tiró un cepillo contra el espejo de su camerino y lo rompió. Y luego se echó a llorar, porque era muy supersticiosa y creía que romper espejos trae mala suerte... ¡Pobre Margarita!

Desde el día de lo del espejo, Laura no había vuelto a verla por el teatro. Por eso se alegró mucho al oír su voz. La nueva «Reina de la Noche», Susan, era una joven americana presuntuosa que se quejaba continuamente y bebía agua con miel a todas horas. No le caía ni la mitad de bien que Margarita.

—¿Qué tal estáis, chicos? —les saludó ella—.
¿Todo bien por aquí?

Desde el escenario, alguien les hizo un gesto para que hablasen más bajo.

—Todo va bien —aseguró Laura en un susurro—.
¿Y tú? ¿Han vuelto a contratarte? ¡Es estupendo!

—No, Laura, no han vuelto a contratarme. He venido solo a recoger las cosas que me quedaban en el camerino. ¿Sabéis que el espejo sigue roto? Todavía no lo han cambiado... En fin. Al pasar, os he visto aquí sentados y por eso me he acercado a deciros adiós. Aunque quizá volvamos a vernos pronto —añadió, guiñándoles un ojo.

—¿En serio? —preguntó Laura, intrigada—. ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Vas a volver?

Margarita se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? —dijo—. En esta obra, en otra... Aquí o en otra ciudad... ¿Qué importa? Lo que importa es que amamos la música, y que la música volverá a reunirnos antes o después.